

mino a regímenes también más parecidos a ellos, como el de México y los otros de América Latina que se encuentran jugando a las aperturas políticas y comerciales como estrategia definitoria de un acomodo continental con Estados Unidos. Terminada la Guerra Fría, tras pasados los poderes autoritarios a gobiernos civiles de transición, la economía se dispara como puntal de la acción política internacional. Menos polémica, menos confrontación política por temas externos; más economía, más administración.

El interminable debate ha llegado a su fin. Darío Moreno deja bien claro cómo los intereses burocráticos de instituciones competidoras en el gobierno estadounidense alimentaron mucho de la ruidosa discusión sobre América Central y facilitaron el surgimiento de múltiples organizaciones ciudadanas involucradas en el juego centroamericano. El autor se refiere a esta proliferación de grupos como una democratización de la política exterior, en tanto que influyó sobre la toma de decisiones norteamericanas que afectaban a Centroamérica.

Bien documentado, con un estilo ágil y atractivo en su argumentación, el trabajo de Darío Moreno se suma a un importante conjunto de análisis académicos sobre el tema, largo tiempo abandonado, de la política exterior estadounidense hacia América Central.

“Cómo ganar sin tener el consenso”, podría ser el título de una reseña de la política estadounidense hacia Nicaragua y El Salvador. Para esos países el problema ahora es cómo avanzar hacia la recuperación teniendo a su favor el consenso internacional sobre la democracia y la cooperación.

RENÉ HERRERA ZÚNIGA

JEAN CARRIÈRE, NIGEL HAWORTH, JACQUELINE RODDICK (eds.), *The State, Industrial Relations and the Labour Movement in Latin America*, Latin American Series, vol. 1, Basingstoke y Londres, Macmillan, 1989.

Mediante la discusión de algunas cuestiones generales como son las de los límites de la proletarización, el modelo de la economía dual y sus efectos sobre el sindicalismo, y la importancia de la “formación” del movimiento obrero en el análisis de su historia, este libro, que no pretende ser ni un estudio comparativo entre algunas situaciones nacionales ni tampoco un esfuerzo de puesta al día de la trayectoria reciente del sindicalismo en América Latina, trata más bien de presentar en forma detallada el desarrollo de las relaciones entre el Estado y los movimientos obreros de Perú, Paraguay, Bolivia, Chile y Colombia.

En forma desigual, según los diferentes países estudiados, estos estudios de caso demuestran, una vez más, la estrecha relación que hay entre ambos actores y la poca autonomía que tiene el sindicalismo en relación con el Estado. Con la excepción muy conocida de Bolivia, el movimiento obrero no puede funcionar en forma autónoma tanto porque el Estado constantemente apela a las filas obreras para constituir su base social como porque la estructura ocupacional difícilmente se presta para proporcionarle al movimiento posibili-

dades de expansión constante; de ahí que se vea obligado a recurrir al Estado benefactor.

Los estudios de caso presentan evidencias sobre la forma que asume la relación entre el sindicalismo y el Estado en cada país. En Perú, Nigel Haworth muestra que dichas relaciones no se dan en un marco de disposiciones legales coherente, lo cual impide identificar un sistema de relaciones industriales. Además, la relación entre el sindicalismo y el sistema político ha sido constante en las últimas décadas, como lo han sido también las divisiones entre apristas y no apristas dentro del movimiento obrero.¹ Andrew Nickson, que trata el caso de Paraguay, demuestra que a pesar de la ausencia de condiciones favorables para el desarrollo de una clase obrera industrial, el sindicalismo ha desempeñado un papel político que se inserta en la estructura corporativista, tan funcional para la consolidación de la dictadura de Stroessner. En Ecuador, según el texto de Charles Nurse, la expansión del sindicalismo es resultado del crecimiento del mercado de trabajo urbano y especialmente del crecimiento del sector público.

En el caso boliviano, el deterioro de la posición del estaño en el mercado mundial tiene efectos desastrosos sobre el sindicalismo. Dicho deterioro ha producido cambios en el mercado de trabajo que han deshecho la base de sustentación del sindicalismo en Bolivia, localizada en las minas de estaño.² Jacqueline Roddick y Nico van Niekerk documentan los esfuerzos que hace la Central Obrera Boliviana (COB) para hacer frente a este desafío; y sus conclusiones sobre las posibilidades de sobrevivencia del movimiento obrero en esas condiciones son pesimistas.

En un texto sin orden cronológico, que nos lleva y nos trae en el tiempo, Roddick observa que en Chile, a pesar de la prolongada dictadura de Pino-

¹ Haworth menciona que "Haya de la Torre y Mariátegui trabajaron juntos hasta 1923, cuando Haya fue deportado" (p. 29). Esto no pudo haber ocurrido por la simple razón de que Mariátegui vivió en Italia de 1919 hasta 1923, mientras que Haya de la Torre estaba en Trujillo y Lima. Haya fue expulsado a Panamá en 1923 y no regresó a Perú hasta 1930. El APRA nació durante el exilio mexicano de Haya de la Torre, después de 1924. Los contactos entre ambos ideólogos fueron epistolares; Mariátegui había fallecido cuando Haya de la Torre regresó a Perú en 1930. Véase Jorge Nieto, "El proceso de constitución de la doctrina aprista en el pensamiento de Haya de la Torre", tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), México, julio, 1984.

² La sugerencia de que la izquierda boliviana cooperó con el programa socialista de los militares en los años treinta porque supuso que eran demasiado débiles para imponer una purga de las fuerzas políticas que les disgustaran, va demasiado lejos en su maquiavelismo (p. 133). Los apoyó simplemente porque los militares favorecieron sus demandas inmediatas de reconocimiento legal. Por otro lado, la insinuación acerca de que el MNR tenía asesores estadounidenses y de que fracasó en su intento por establecer una relación con el movimiento obrero parecida a la de México (p. 140) es más una prueba de la imaginación de la autora que resultado del análisis histórico, dada la naturaleza del sindicalismo boliviano antes de 1952 y la posición no tan favorable de Estados Unidos en relación con la revolución de abril de 1952 en Bolivia.

chet, el sindicalismo fue capaz de mantener una continuidad cuyo crédito debe asignarse a los partidos políticos de izquierda.³ Finalmente Daniel Pécaut, que trata el caso de Colombia, nos presenta la paradoja de un movimiento obrero estrechamente ligado al partido liberal, parte constitutiva del sistema político de ese país. También señala que en Colombia no existe una relación corporativista entre el movimiento obrero y el Estado gracias a la oposición de los grupos dominantes.

Si bien el libro constituye un buen esfuerzo por discutir algunas cuestiones generales del sindicalismo y del Estado en América Latina, la exclusión de los acontecimientos que han tenido lugar en los últimos diez años (ya que los estudios se restringen fundamentalmente al periodo 1890-1980) representa un problema porque nuestra "lectura" de esas relaciones en el periodo anterior a 1982 podría modificarse a la luz de lo que ha pasado desde entonces. Por otro lado, el uso de fuentes secundarias de información limita la contribución que estos estudios de caso pudieran aportar al conocimiento de las historias sindicales nacionales.⁴ Los libros recientes de Epstein, Davis, Lazarte, Balbi, y James,⁵ demuestran que un análisis del periodo considerado en el presente libro debe incorporar nuevas investigaciones que permitan documentar mejor una trayectoria sindical acerca de la cual todavía conocemos muy poco.

FRANCISCO ZAPATA

³ La afirmación de Roddick sobre la cuarta "ola" de sindicalización, que ocurrió según ella al final de la Primera Guerra Mundial, es exagerada dado el carácter muy restringido del número de trabajadores sindicalizados que existía en Chile en ese momento. Estamos hablando de no más de cien mil trabajadores, demasiado pocos, en nuestra opinión, como para constituir una "ola".

⁴ Debemos mencionar también que el texto está plagado de errores: dice Charnarcillos y Magallanes (p. 188) en vez de Chañarcillo y Magallanes; Barranguilla (p. 264) en vez de Barranquilla; se cita 1938 como el año de inicio del gobierno de Pedro Aguirre Cerda en Chile (p. 197) y debe ser 1939; la creación del MIR en Chile ocurre en 1966 y no en 1956 (p. 266); la ciudad de Calama no es un puerto (p. 232), se encuentra a más de doscientos kilómetros del mar, al interior de Antofagasta; la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC) no tuvo a su cargo la administración de hospitales (p. 240); la primera sociedad en resistencia fue creada en 1907 y no en 1987 como se dice en el texto (p. 240), etc. Existen al menos veinte errores del mismo tipo que no podemos transcribir por razones de espacio y que van en detrimento de la calidad del libro.

⁵ Véanse Edward Epstein (comp.), *Labour Autonomy and the State in Latin America*, Boston, Unwin-Hyman, 1989; Charles Davis, *Working Class Mobilization and Political Control. Venezuela and Mexico*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1989; Carmen Rosa Balbi, *Identidad clasista en el sindicalismo. Su impacto en las fábricas*, Lima, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, 1989; Carmen Rosa Balbi, "Las relaciones Estado-sindicalismo en el Perú: 1985-1987", Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1988; Jorge Lazarte, *Movimiento obrero y procesos políticos en Bolivia: historia de la Central Obrera Boliviana-COB, 1952-1987*, La Paz, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), 1988; Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the*

RODERIC A. CAMP, *Entrepreneurs and Politics in Twentieth Century Mexico*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, 306 pp.

Esta obra se basa en un conjunto de entrevistas a tres generaciones de empresarios y políticos, llevadas a cabo durante dos décadas. El autor señala que existen pocos estudios sobre la estructura del sector privado y sus relaciones políticas con el gobierno; descubrirlas fue su propósito, partiendo de un punto de vista político más que económico. Menciona primero las características del Estado mexicano según las interpretaciones teóricas de varios autores (Hamilton, Purcell, Smith, Story), pero prefiere la explicación de un sistema político semiautoritario y no la de otros modelos “demasiado monolíticos para describir con precisión la realidad política de México” (p. 11).

El estudio abarca desde 1920 hasta los últimos años del mandato de Miguel de la Madrid. Muestra paso a paso cómo se va consolidando la relación sector privado-gobierno a través de los años. Camp se detiene sobre el régimen de Cárdenas porque considera que éste inició la institucionalización de la relación entre el Estado y el sector privado. A partir de 1940, el auge económico fue la meta de la mayor parte de los presidentes, en particular de Miguel Alemán, quien favoreció los intereses del sector privado. No fue sino hasta 1960 cuando el sistema relativamente estable de relaciones entre los dos sectores empezó a ser disfuncional. Los acontecimientos de 1968 tuvieron una influencia crucial y de largo plazo: por primera vez se puso en tela de juicio la legitimidad del sistema político. Camp describe la manera en que, a partir de entonces, los gobiernos se fueron debilitando hasta conducir al país a la *débâcle* que culminó con la nacionalización de la banca en 1982, lo que terminó de romper el equilibrio ya de por sí precario entre los sectores.

El autor se extiende luego sobre la inmensidad de la tarea que esperaba a Miguel de la Madrid, encargado de reparar las fisuras causadas por sus predecesores. Con él, renació la confianza de los empresarios, pero tuvo que enfrentar las complicaciones derivadas del surgimiento de varias facciones tanto dentro del sector público como del privado.

El autor hace un retrato del empresario mexicano, su papel, la imagen que proyecta al exterior y sus actitudes frente a la vida política. Según algunos representantes de la comunidad empresarial entrevistados, el papel del empresario consiste en dar empleo, ganar dinero, fabricar un producto de calidad y proveer bienestar a los empleados (p. 36). Esta caracterización ofrece además múltiples variantes, dependiendo de diversos factores, como la localización geográfica de la empresa. La imagen que tiene el empresario de sí mismo puede ser excelente o mediocre, o puede estar empañada por un fuerte complejo de inferioridad que le resta seguridad. Camp, con conocimiento de causa (véase *Intellectuals and the State in Twentieth Century Mexico*, 1985), señala